

## EL LENGUAJE Y LA SINGULARIDAD DE LA ESPECIE HUMANA.

Carlos Beorlegui Rodriguez. Universidad de Deusto (Bilbao).

**Resumen** Frente a quienes tratan de borrar la diferencia cualitativa entre seres humanos y animales, el autor de este trabajo considera al lenguaje como uno de las características específicas de la singularidad humana, clave de la diferencia cualitativa entre los humanos y el resto de las especies vivas.

**Abstract.** Unlike those who would like to wipe out the qualitative difference between human beings and animals, the writer of this paper considers language one of the specific features that make human beings unique. It is a key to establish the difference between human beings and other living creatures.

### 1. Introducción.

Con la aparición del paradigma evolutivo, se hizo inevitable situar la comprensión del ser humano en el marco de la continuidad y la relación con el resto de las especies vivas que componen la biosfera. Pero tal horizonte hermenéutico no tiene que suponer de modo inevitable una comprensión reduccionista y antihumanista, o anti-anropocéntrica, aunque no son pocas las propuestas antropológicas que así lo han defendido y lo siguen defendiendo en la actualidad. No podemos en estas breves páginas plantear en su globalidad las diferencias entre los paradigmas humanista y anti-humanista (BEORLEGUI, 1999), sino que lo vamos a reducir al tema del lenguaje, por considerarlo un tema paradigmático y especialmente significativo.

No cabe duda de que el lenguaje es una de las características más específicas de la condición humana, que a primera vista más la distingue del resto de las especies animales, en la medida en que se trata de un instrumento de comunicación con caracteres muy singulares, tanto fonadoras y semánticas, como sintácticas y pragmáticas. Como indica Ch. Taylor, “la cuestión del lenguaje es en cierto modo estratégica para el problema de la naturaleza humana, y el hombre es sobre todo el animal del lenguaje” (TAYLOR, 2005, 35). Sin embargo, a pesar de estas singularidades definitivas, se sigue poniendo en duda que esto constituya una diferencia cualitativa, defendiendo en cambio que el lenguaje humano sólo se distingue del resto de los “lenguajes” animales sólo por una mayor complejidad cuantitativa, sin que se pueda hallar en él una diferencia cualitativa y ontológica.

El lenguaje humano ha sido estudiado desde múltiples puntos de vista, y desde épocas muy tempranas, pero en la actualidad las investigaciones sobre el origen del mismo, tanto en su dimensión ontogenética como filogenética, ha ido cobrando una relevancia y profundidad hasta ahora desconocidas. Es ya un tópico referirse a la prohibición por parte de la Sociedad Lingüística de París, en 1866, de investigar sobre este punto, por considerar que no había base científica para ello. En la actualidad, tras las determinantes propuestas de la gramática generativa de N. Chomsky (1966, 1968), se ha abierto un espléndido campo de investigación que ha dado un fuerte impulso a la reflexión sobre el origen y las características específicas del lenguaje humano.

Las reflexiones que aquí presento se dirigen, en primer lugar, a mostrar la complementariedad innata y aprendida de la estructura lingüística, para, en segundo lugar, comparar las dos tesis básicas que se enfrentan a la hora de explicar el origen del lenguaje humano (la primera sitúa su origen en el contexto de la selección natural darwiniana, mientras que la segunda, siguiendo a N. Chomsky, lo sitúa en un contexto rupturista o saltacionista); y, en tercer lugar, apoyándome en la segunda de estas corrientes, defenderé la singularidad específica del lenguaje humano desde la comparación con el lenguaje de las diversas especies animales,

intentando manifestar con ello la mayor fuerza y plausibilidad contenida en una visión antropocéntrica de la realidad humana, frente a las tesis reduccionistas o tendentes a igualar al ser humano con los demás animales, tanto en el ámbito ontológico como ético.

## **2. Aprender a hablar: entre el innatismo y el ambientalismo.**

Durante mucho tiempo se ha tenido el convencimiento de que el lenguaje humano era un producto cultural, similar en ello al resto de habilidades culturales propias de nuestra especie. Somos *animales deficientes*, sin una estructura instintiva fiable a la que pueda abandonarse sin reflexión, por lo que tiene que construir inevitablemente un mundo cultural que supla lo que la naturaleza no le ha otorgado (GEHLEN, 1940). La deficiencia biológica ha puesto a prueba la supervivencia de la especie humana, que ha tenido que introducir un hiato o paréntesis de reflexión, de pruebas de ensayo y error, para poner en marcha la “ley de la descarga” e ir construyendo el mundo cultural, sustituto de la naturaleza biológica perdida. En relación con la capacidad lingüística, se suponía que el ser humano nacía como una “tabla rasa” y el entorno ambiental era quien se encargaba de enseñarle a hablar, para poder ponerse en contacto con sus semejantes e introyectar de ese modo el rico bagaje cultural que los seres humanos, en su condición de *herederos* de las generaciones anteriores (ORTEGA Y GASSET, 1935), van transmitiendo a las sucesivas generaciones. La cultura generada con la puesta en marcha esa “ley de la descarga” de que habla Gehlen, no es algo individual, que cada individuo la tiene que reinventar y poner en marcha, sino un producto social que se va osificando en las diversas instituciones que van conformando el complejo sistema social y cultural.

Ha sido recurrente, de todos modos, la polémica entre innatistas y ambientalistas a la hora de entender el proceso del aprendizaje lingüístico. Mientras los ambientalistas extremos defendían la tesis de la “tabla rasa”, por el contrario, ya desde Darwin, e incluso con anterioridad W. von Humboldt, se tiende a insistir en el aspecto innato de dicho aprendizaje. Pero no ha sido hasta los estudios de N. Chomsky y sus tesis sobre la gramática generativa cuando estas tesis innatistas se han afianzado de modo definitivo. Estudiando el modo como los niños aprenden a hablar, resulta evidente para Chomsky que el lenguaje no es algo que el niño aprende, sino algo que acontece en él. Según Chomsky, “el lenguaje del niño “crece en la mente” como el sistema visual desarrolla la capacidad para la visión binocular, o como el propio niño alcanza la edad de la pubertad en un cierto momento de su crecimiento. La adquisición del lenguaje es algo que le sucede al niño localizado en un cierto ambiente, no algo que el niño haga” (CHOMSKY, 1993, 29; cfr. LORENZO/LONGA, 2003, 45).

Esto no supone negar la dimensión cultural del lenguaje y de la condición humana, puesto que el aspecto innato no lo es todo, pero sí implica la necesidad de conjugar de otro modo ambas dimensiones. Así, insistir en la capacidad innata supone entender que un individuo dotado de mayores capacidades genéticas será capaz de aprovechar en mayor medida las aportaciones del entorno cultural. Y no supone tampoco defender posturas deterministas, ni defensoras de cualquier clase de racismo o sexismo, sino reconocer objetivamente la parte que corresponde a cada elemento (innato o adquirido) y complementarlos de la forma más adecuada. Ahora bien, sería un error entender que esta mayor reivindicación de lo innato implica reivindicar de nuevo la idea de *naturaleza humana*, entendida como un asumir de nuevo la idea que lo que caracteriza y define lo humano está sobre todo presente en sus dotes biológicas o genéticas. En alguna medida, por ahí van algunos autores contemporáneos, sin que se atrevan a explicitar del todo sus pretensiones (PINKER, 2004; MOSTERÍN, 2006; cfr. BEORLEGUI, 2005a).

Por tanto, el lenguaje es algo que pertenece a la dotación genética de la especie humana, transmitida por generación a todos sus integrantes. Todos los humanos poseemos, por tanto, dicha capacidad, aparecida en el proceso evolutivo en fecha reciente. La pregunta que se hacen hoy día los especialistas es cuándo se produjo su aparición o emergencia, y, sobre todo, por qué, siendo más importante que el mo-

mento cronológico el descubrir cuál habría sido el mecanismo y la lógica que marca la aparición de la capacidad lingüística tanto en la dimensión ontogenética como filogenética.

A la hora de responder a esta cuestión fundamental, los especialistas se dividen en dos líneas diferentes: los que entienden este proceso como consecuencia de la lógica de la presión selectiva, defendiendo la postura *gradualista* en el proceso evolutivo, y los que consideran que la emergencia del lenguaje se debió a un proceso de ruptura y emergencia, coincidiendo de ese modo con la *postura rupturista* o de *equilibrio puntuado* a la hora de entender el proceso evolutivo. Pero no es tan rígida esta separación de posturas, en la medida en que hay autores, como Pinker y otros, que se declaran gradualistas respecto a la dimensión filogenética, mientras que defienden una postura rupturista respecto a la ontogénesis. Estas dos posturas suponen defender también, y de modo respectivo, dos modos diferentes de entender la diferencia, cualitativa o meramente cuantitativa, entre el lenguaje humano y el del resto de las especies animales.

### 3. ¿Continuidad o ruptura entre el lenguaje humano y el de los animales?

A la hora de defender la especificidad o no del lenguaje humano, nos tenemos que preguntar si las demás especies animales poseen la capacidad del lenguaje, y en qué se diferencia del lenguaje humano. Para ello, tenemos que comenzar poniéndonos de acuerdo en la definición de *lenguaje*. Siguiendo a A. Gomila, “el lenguaje consiste en un medio de emparejar significados (o mensajes) con sonidos, y viceversa (ya que cubre tanto los aspectos de producción como de comprensión)” (1995, 276). En esta definición, se considera el lenguaje humano articulado como instrumento específico y radicalmente diferente de los demás medios comunicativos de otras especies animales.

Dejando de lado las polémicas acerca de cómo entender las experiencias de los investigadores que trabajan sobre lenguajes animales (PREMACK, 1988), es evidente que ningún animal posee la capacidad fonética que posee nuestro lenguaje. Pero también se diferencia del lenguaje humano en los aspectos semántico, sintáctico y pragmático. De ahí que, sin negar la existencia de la capacidad comunicativa que poseen las diferentes especies animales para comunicarse entre sí (FISCHER, 1999; HART, 1997), la aparición del lenguaje humano articulado supuso un salto cualitativo incontestable, teniendo que distinguir claramente entre los “lenguajes animales” (todo tipo de expresiones faciales, gestos, posturas, silbidos, signos manuales, etc.) y el lenguaje humano, dotado de unas características fonéticas, semánticas, sintácticas y pragmáticas a las que los sistemas comunicativos animales sólo se acercan de un modo muy rudimentario. Sería como comparar, según Chomsky, y considerar análogo un salto del ser humano con la capacidad de volar de las aves. No se trata, si comparamos esas dos habilidades, de una mera diferencia cuantitativa, sino de realidades cualitativamente distintas.

En definitiva, aunque nos puedan admirar las capacidades comunicativas de determinadas especies de animales, no llegan más que hasta un nivel rudimentario si las comparamos con las de los seres humanos. Entre ambos niveles se da tanto una continuidad como una ruptura. Hay una continuidad en el aspecto cognitivo, en la medida en que la conducta animal y su capacidad para transmitir señales a sus congéneres están basadas en su específico nivel cognitivo, situándose de todos modos el ser humano en estos campos a una distancia ciertamente apreciable. Pero se da también una ruptura y un salto cualitativo desde el momento en el que la especie humana accede a su específica capacidad lingüística, en la medida en que el lenguaje hablado que poseemos los humanos representa una distancia cualitativa tanto en el aspecto fonético, semántico, sintáctico como pragmático (BICKERTON, 1990; GOMILA, 1995).

Esto nos hace ver, como indica Bickerton, que el lenguaje humano ha aparecido recientemente en el proceso evolutivo, en fechas posteriores a la separación del género humano respecto a nuestros antecesores los chimpancés. La pregunta es cuándo, y si todas las especies o subespecies humanas (desde el *homo habilis* hasta

el *homo sapiens*) estaban dotadas de esta capacidad innata. Los paleoantropólogos tienen sobre este punto diferentes opiniones, apoyadas en argumentos más o menos serios (LIEBERMAN, 1973; ARSUAGA, 1999; LEAKY, 1981), pero no nos vamos a detener en este punto, puesto que la cuestión más importante, como hemos indicado ya, no es tanto cuándo sino cómo se produjo la aparición de esta capacidad, esto es, la lógica del proceso de adquisición, tanto en el aspecto filogenético como ontogenético.

#### **4. El origen del lenguaje en el proceso evolutivo.**

##### **4.1. Dos interpretaciones del proceso evolutivo.**

Las diferentes posturas sobre el cómo surge la capacidad lingüística en la especie humana están íntimamente relacionadas con el modo como se entiende el proceso evolutivo. Mientras la postura *gradualista*, presentada ya por el propio Darwin, sostiene que todas las características propias de la especie humana tienen antecedentes en especies animales anteriores, y, por tanto, sería su aparición en los humanos consecuencia de un proceso gradual de acumulación progresiva de múltiples y pequeñas mutaciones, la postura *rupturista* o *saltacionista* considera que el proceso evolutivo, sobre todo en el momento de la aparición de nuevas especies, se debe a la aparición de macromutaciones. La postura que hoy día va teniendo más aceptación es la que se denomina de *equilibrios puntuados*, o *puntuacionismo* (ELDREDGE/GOULD, 1972 y GOULD/ELDREDGE, 1977). Según esta tercera teoría, el proceso evolutivo es el resultado de la conjunción de momentos de avance gradual junto a otros momentos en los que se producen rupturas y emergencias macromutacionales rápidas, que originan la aparición de nuevas especies (cladogénesis) o la emergencia de características nuevas e importantes dentro de una misma especie.

Para los defensores del planteamiento gradualista, las mejoras de las diversas *formas* morfológicas de una especie y la *función* que dichas formas desempeñan en el proceso de la lucha por la supervivencia son consecuencia de un continuo y prolongado proceso de mejoras mutacionales graduales, siguiendo una especie de racionalidad o proyecto inteligente que dirige esta tendencia gradual. De este modo pretenden superar cualquier propuesta teleológica, supliéndolo por un modelo evolutivo de “diseño óptimo” que se va produciendo de forma gradual, combinando las leyes de la genética con la selección natural. Es la mejor forma, según esta teoría, de entender la formación de formas y órganos tan complejos como es un ojo humano. No lo proyecta una inteligencia consciente, sino el proceso evolutivo que funciona de modo similar a un “relojero ciego” (DAWKINS, 1986 y 1995). Por tanto, la línea gradualista se apoya en dos principios básicos: *formal* y *funcional*. Este consiste en entender que toda modificación en un organismo vivo se justifica en *función* de una mejora adaptativa. De tal modo que la nueva *forma* orgánica que se produce en función de una lógica que funciona hacia atrás, con una cierta “ingeniería inversa”, produciendo lo que Dennett denomina “objetos diseñoides”, a través, como ya se ha indicado, de la acumulación de pequeños cambios que siguen no una orientación con racionalidad prospectiva, sino más bien un principio de “estupidez subyacente” (DENNETT, 1995).

Para la teoría puntuacionista, esta pretensión de explicar todos los cambios desde la funcionalidad adaptativa tiene el peligro de caer en el vicio del “panglosismo”, y, hasta cierto punto, en una explicación similar al teleologismo preconsciente que pretendían combatir. Resulta más convincente la propuesta de F. Jacob de ver el proceso evolutivo como una operación de *bricolage*, similar a una adaptación chapucera y aproximativa (JACOB, 1970). La evolución sería, pues, empujada por momentos de avance gradualista junto a otros momentos de ruptura o saltos emergentes, en los que se darían aceleraciones rápidas y apariciones de especies nuevas. Se producirían en esos momentos críticos lo que los teóricos de las ciencias de la complejidad denominan “transiciones de fase” (KAUFFMAN, 1995). Además, la postura puntuacionista quiere resaltar que estos cambios rápidos (en una rapidez relativa, puesto que hablamos de amplios periodos de tiempo) pueden ser (y, de

hecho, lo son en muchas ocasiones) consecuencia de una reestructuración formal realizada al interior de los organismos vivos, y no tanto el resultado de un proceso de presión selectiva proveniente del entorno ambiental. Desde esta lógica evolutiva es como explica Chomsky la emergencia de la capacidad lingüística en el ser humano.

#### 4.2. La emergencia del lenguaje humano.

Cada una de las dos teorías evolutivas tiene su propuesta en este punto. Para los gradualistas, el origen del lenguaje humano se debe a una presión selectiva del entorno humano en el que habrían intervenido una serie muy compleja de factores, desde genéticos y morfológicos hasta culturales. En cambio, para los *puntuacionistas*, siguiendo la propuesta de N. Chomsky, se debería a un proceso de configuración interna de la estructura cerebral. De todos modos, hay quienes defienden una tesis rupturista o emergentista en el ámbito ontogenético, entendiendo que en la dimensión filogenética se habría dado más bien un proceso gradualista (PINKER, 1994; PINKER Y BLOOM, 1990; GOMILA, 1995).

Los gradualistas consideran que la forma más plausible de entender el proceso, dentro de la ortodoxia evolucionista, consiste en entender la emergencia del lenguaje como consecuencia de un proceso de coevolución de diversos factores: la base genética correspondiente (HOLDEN, 2005), el aumento y sistematización progresivos del cerebro, y los cambios en la cavidad supraglótica que llevaron a un reajuste de la lengua y a un retroceso y abajamiento de la laringe (LIEBERMAN, 1973), así como un conjunto de factores culturales: cambios en los hábitos alimenticios y en las estrategias de caza y recolección de alimentos, en el aumento y complejidad de los grupos sociales, etc. (GOMILA, 1995). Todos estos elementos habrían realizado una fuerte presión selectiva, en la línea de pasar de una fase previa al lenguaje como capacidad innata hasta dar el salto a convertirse en un rasgo genético, que se transmitiría posteriormente como un rasgo innato propio de toda la especie, explicándose este proceso por medio del denominado "efecto Baldwin" (RICHARDS, 1987, 483-486).

Para Chomsky y sus seguidores, el origen del lenguaje no se produjo tanto por efecto de una presión selectiva de ese conjunto de factores externos, sino que fue sobre todo consecuencia de un nuevo acomodo y sistematización de la masa encefálica dentro de un entorno craneano estrecho y difícil (CHOMSKY, N., 1968 y 1986). Esto no significa que Chomsky considere que el lenguaje ha quedado al margen de la lógica evolucionista, sino que sólo reduce dentro de este proceso el peso de la presión selectiva del entorno. Así, "la emergencia del lenguaje podría proceder no (o al menos no directamente) de las presiones selectivas externamente ejercidas por el medio ambiente sobre los homínidos, sino de las presiones internas del propio organismo ante la necesidad de dar un acomodo apropiado a una masa encefálica en constante aumento" (LORENZO/LONGA, 2003, 137; cfr. CHOMSKY, 1994; MITHEN, 1996; BICKERTON, 1990).

Por tanto, este modo de explicar el proceso indica que no hay una lógica finalística, desde la presión selectiva, que oriente el origen de la capacidad lingüística hacia su conversión en un rasgo innato, aunque su adquisición supuso *a posteriori* una mejora adaptativa indudable. Así, pues, su incorporación en la lógica evolutiva es *a posteriori*, no *a priori*, de la misma manera a como explica S. J. Gould la utilidad del pulgar del panda (GOULD, 1994).

Chomsky ha insistido en sus investigaciones más en el aspecto ontogenético que en el filogenético, pero defiende posturas rupturistas en ambos puntos de vista. Sus investigaciones han ido dirigidas a mostrar la fuerte dimensión innata presente en el proceso de maduración de la capacidad lingüística de los niños. Como hemos indicado ya, para Chomsky no se trata propiamente de un proceso de aprendizaje, sino de un dinamismo que acontece en el propio niño, de naturaleza innata. Si el lenguaje es "una particular puesta en relación entre el sonido y el sentido" (CHOMSKY, 1968), esto es, entre la capacidad cognitiva del cerebro y el aparato fonador en que se ha convertido nuestra peculiar laringe, las investigaciones sobre el origen del

lenguaje tienen que orientarse, por tanto, a tratar de explicar cómo se pusieron en contacto estas dos capacidades, hablar y pensar, emitir sonidos y atribuirles sentido, que podían con anterioridad funcionar separadas. De hecho, determinados chimpancés poseen una importante capacidad cognitiva que les permite interpretar la conducta ajena, pero no alcanzan a dominar la capacidad de relacionar sonidos guturales con contenidos semánticos.

El momento de la aparición de la capacidad lingüística en el ser humano se produciría, según Chomsky, en el momento en que, estando ya en posesión de la capacidad mental (“teoría de la mente” o “lenguaje del pensamiento”, según Fodor, 1975), se dio un reacomodo del cerebro, produciéndose una nueva sistematización del mismo, poniendo en contacto y haciendo trabajar de forma coordinada estructuras cerebrales que antes funcionaban separadas. Se trata, por tanto, de una ruptura evolutiva, un auténtico salto emergente, que dotó al cerebro de propiedades nuevas que hasta ese momento no poseía, y que se convirtió a partir de ese momento en dotación esencial de la especie humana. En concreto, se daría el salto de un “proto-lenguaje”, en la línea de Bickerton, para pasar a una fase posterior en la que conseguimos poseer nuestro lenguaje actual, con toda su complejidad sintáctica, a través de una “transición de fase”. De este modo, todos los individuos pertenecientes a la especie humana nacemos dotados de una disposición innata para aprender un lenguaje, una *Gramática Universal* que se halla, en un primer momento, en un estado cero (Eo), para alcanzar posteriormente, con la influencia externa del ambiente cultural correspondiente, un estado final estable (Ee). Así, el aprendizaje de una lengua es la confluencia de una dotación genética con la influencia externa, sirviendo ésta de detonante y de concreción de la lengua *materna* cuya competencia concreta consigue el hablante.

Chomsky está echando mano, a la hora de plantear esta hipótesis, de conceptos propios de la ciencia de la complejidad como es el de *auto-organización*, y que hacen referencia, en palabras de Goodwin, a “la capacidad de generar patrones de forma espontánea, sin instrucciones específicas que dicten lo que hay que hacer, como haría un programa genético. Estos sistemas sacan algo de nada. Por “nada” se entiende en este contexto la ausencia de plan, de proyecto, de instrucciones sobre el patrón que surge” (1994, 73).

En resumen, la adquisición de la capacidad lingüística, aunque a posteriori se inscribe en el proceso evolutivo, dotando a sus poseedores de unas enormes ventajas selectivas y sirviendo de catalizador de otros muchos aspectos fisiológicos y culturales, no tiene por qué entenderse desde la óptica de la aplicación del “efecto Baldwin”, tal y como lo entienden los evolucionistas gradualistas. Resulta más plausible la tesis de Chomsky, aunque se trata de un planteamiento que tiene que probarse científicamente.

### **5. Lenguaje y diferencia ontológica de la especie humana.**

Tras el breve recorrido que acabamos de hacer de la mano de las diferentes teorías sobre el origen y especificidad del lenguaje humano, se puede concluir que el lenguaje constituye uno de los elementos que permiten defender la singularidad y la diferencia cualitativa y ontológica del ser humano. El lenguaje humano se diferencia cualitativamente de las capacidades comunicativas de los demás animales tanto desde el punto de vista fonético, como también semántico, sintáctico y pragmático. La habilidad de conjuntar la capacidad cognitiva cerebral con los sonidos de la laringe representa un rasgo tardío en el proceso evolutivo, puesto que sólo el ser humano la posee. La diferencia entre las habilidades comunicativas de ciertos animales y el lenguaje humano se puede advertir, como lo hemos ya indicado, echando mano de la gran diferencia existente entre el nivel sintáctico a que pueden llegar determinados chimpancés muy entrenados (un cierto proto-lenguaje, como máximo, apelando a Bickerton) y la compleja capacidad recursiva de la sintaxis propia de las lenguas humanas.

Esto nos lleva a la conclusión de que la relación entre la especie humana y el resto de las especies animales es una conjunción dialéctica entre continuidad y

ruptura. La especie humana es una especie más del mundo de la biosfera, y, por tanto, procede de las especies anteriores a través de un proceso gradual de complejificación, en el que han participado los mismos mecanismos que en la aparición del resto de las especies vivas (genética y presión selectiva del entorno ambiental). Pero también se han dado en este mismo proceso evolutivo saltos y rupturas, que han propiciado la aparición y emergencia de especies nuevas, debido a la aparición de mutaciones genéticas (cladogénesis). Las teorías emergentistas advierten, frente a las tesis gradualistas, que el proceso evolutivo está lleno de casos en los que una progresiva sucesión de cambios gradualistas dan lugar, en un momento determinado, a un salto cualitativo (“transición de fase”) que genera una nueva estructuración de la realidad, una nueva sistematización. En la naturaleza advertimos múltiples situaciones de este tipo. Es el caso de cambios de estado en una realidad física (paso del estado líquido al gaseoso en el agua, a los 100° C), o el salto emergente de la vida desde la materia no viva, o la aparición de cada una de las especies vivas. Y esta es la tesis que defienden los emergentismos sistémicos de cara a la explicación de la emergencia de la mente humana (BEORLEGUI, 2006).

Ese mismo salto emergente se habría producido en el ser humano, al haber atravesado las dos “fronteras de la hominización”: el paso de 24 pares de cromosomas a 23 pares, y el proceso acelerado de la cerebralización (en poco tiempo, el cerebro del chimpancé, de 400 C3, se convertirá en 630 C3 en el homo habilis, y entre 1200 y 1800 en el hombre actual, *homo sapiens sapiens*). Este salto cualitativo del cerebro, dotado de tan extraordinarias capacidades conductuales, es el que nos permite defender la diferencia cualitativa en lo ontológico y conductual entre hombres y demás animales. Y en este desarrollo evolutivo, con sus diversas fases de reacomodo de sus 100 mil millones de neuronas en la estrecha cavidad craneana, es como se habría producido, según Chomsky, el salto cualitativo de la aparición de la capacidad innata del lenguaje en la especie humana. Y con el lenguaje, se habría complejificado de modo también extraordinario su capacidad cognitiva y su autoconciencia, tal y como las poseemos en la actualidad los seres humanos.

Por tanto, si reduciéndonos a la dimensión puramente fáctica, esto es, al conjunto de datos científicos que sobre la especie humana nos aportan las diferentes disciplinas científicas (y que se remiten a mostrarnos el *funcionamiento* de la realidad humana), podríamos tener tal vez razones para defender la idea de que entre hombres y animales no hay más que una diferencia cuantitativa, fijándonos, por el contrario, en el salto emergentista que supone la aparición de la mente humana, con sus extraordinarias capacidades (lenguaje articulado, pensamiento abstracto, libertad y capacidad ética, complejidad de convivencia social, apertura a la pregunta por el sentido de la realidad y por su fundamento último, etc.), tenemos argumentos más que suficientes para defender con bastante plausibilidad la tesis de la diferencia cualitativa. A partir de diferencias más bien pequeñas, en el terreno genético y morfológico, la naturaleza (el creyente podrá incluso apostar ahí por la tesis de Dios como fundamento de todo) ha generado una especie, la humana, que se sitúa, tanto en el terreno de lo ontológico como conductual y ético, en una dimensión cualitativamente superior. Defender esta tesis humanista y antropocéntrica no supone situarse en posturas antiecológicas o no respetuosas con las condiciones de vida de los grandes simios y del conjunto de los animales, en general (BEORLEGUI, 2005b). Ahora bien, otra cosa muy distinta sería defender los *derechos* de los animales (en sentido estricto), y atribuir a ciertas especies de simios la categoría de *persona*, sólo atribuible a los individuos dotados de autoconciencia, autonomía, libertad y capacidad ética, puesto que estos rasgos son, a todas luces, patrimonio exclusivo de la especie humana.

### Bibliografía

- ARSUAGA, J. L. (1999), *El collar del Neandertal. En busca de los primeros pensadores*, Madrid, Temas de Hoy.
- BEORLEGUI, C. (1999), *Antropología filosófica. Nosotros: urdimbre solidaria y responsable*, Bilbao, Universidad de Deusto (2ª ed.: 2004).
- BEORLEGUI, C. (2005a), “A vueltas con la naturaleza humana”, en ARREGUI, J. V. (ed.), *Debate sobre las antropologías*, Thémata. Revista de Filosofía, nº 35, 139-150.
- BEORLEGUI, C. (2005b), “Ética animal e idea de persona”, en GUIBERT, J.M./ORELLA, J. L. (eds.), *Preguntas éticas en cuestiones disputadas hoy*, San Sebastian, Universidad de Deusto, 317-335.
- BEORLEGUI, C. (2006), “Los emergentismos sistémicos: un modelo fructífero para el problema mente-cuerpo”, *Pensamiento*, 62 (2006), nº 234, 391-439.

- BICKERTON, D. (1990), *Language and species*, Chicago, Chicago University Press (Lenguaje y especie, Madrid, Alianza, 1994).
- CHOMSKY, N. (1966), *Cartesian linguistic. A chapter in the history of rationalistic thought*, New York, Harper and Row (*Lingüística cartesiana. Un capítulo de la historia del pensamiento racionalista*, Madrid, Gredos, 1969).
- CHOMSKY, N. (1968), *Language and mind*, New York, Harcourt Brace Jovanovich (*El lenguaje y el entendimiento*, Barcelona, Seix Barral, 1971).
- CHOMSKY, N. (1986), *Knowledge of language: Its nature, origins and use*, New York, Praeger (*El conocimiento del lenguaje. Su naturaleza, origen y uso*, Madrid, Alianza, 1989).
- CHOMSKY, N. (1993), *Language and thought*, Wkafield, Moyer Bell.
- CHOMSKY, N. (1994), "Language from an internalist perspective", Conferencia dictada en el King's College (Londres), 24 de mayo ("El lenguaje desde una perspectiva internista", en *Una aproximación naturalista a la mente y al lenguaje*, Barcelona, Prensas Ibéricas, 1998, 193-230).
- DAWKINS, R. (1986), *The blind watchmaker*, London, Longman (*El relojero ciego*, Barcelona, Labor, 1988).
- DAWKINS, R. (1995), *River out of Eden. A darwinian view of life*, New York, Basic Books (*El río del Edén*, Madrid, Debate, 2000).
- DENNETT, D. (1995), *Darwin's dangerous idea*, New York, Simon and Schuster (*La peligrosa idea de Darwin. Evolución y significado de la vida*, Barcelona, Galaxa Gutenberg/Círculo de Lectores, 1999).
- ELDREDGE, N./GOULD, S. J. (1972), "Punctuated equilibria: An alternative to phyletic gradualism", en T. SCHÖPF (ed.), *Models in Paleobiology*, San Francisco, Freeman, 82-115.
- FISCHER, S. R. (1999), *A history of language*, London, Reaktion Books (*Breve historia del lenguaje*, Madrid, Alianza, 2003).
- FODOR, J. (1975), *The language of thought*, New York, Thomas Y. Crowell (*El lenguaje del pensamiento*, Madrid, Alianza, 1984).
- GEHLEN, A. (1940, 2ª: 1974), *Der Mensch*, Frankfurt, Athenaeon Verlag (*El hombre. Su naturaleza y su lugar en el mundo*, Salamanca, Sígueme, 1980).
- GOMILA, A. (1995), "Evolución y lenguaje", en BRONCANO, F. (ed.), *La mente humana*, Madrid, Trotta, 273-299.
- GOODWIN, B. (1994), *How the leopard changed its spots. The evolution of complexity*, New York, Charles Scribner's Son (*Las manchas del leopardo. La evolución de la complejidad*, Barcelona, Tusquets, 1998).
- GOULD, S. J./ELDREDGE, N. (1977), "Punctuated equilibria: The tempo and the mode of evolution reconsidered", *Paleobiology*, 3, 115-151.
- GOULD, S. J. (1990), *The panda's thumb: more reflexions in natural history*, London, Penguin (*El pulgar del panda. Reflexiones sobre historia natural y evolución*, Barcelona, Crítica, 1994).
- HART, S. (1997), *El lenguaje de los animales*, Barcelona, Omega.
- HOLDEN, C. (2005), "Sur les traces du premier langage", *Les Dossier de la Recherche*, 19, 88-92.
- JACOB, Fr. (1970), *La logique du vivant. Une histoire de l'hérédité*, Paris, Gallimard (*La lógica de lo viviente. Una historia de la herencia*, Barcelona, Tusquets, 1999).
- KAUFFMAN, S. (1995), *At home in the universe. The search for the laws of self-organization and complexity*, New York, Oxford University Press.
- LEAKY, R. (1981), *La formación de la humanidad*, Barcelona, Ediciones del Serbal, cap. 8, 128-143.
- LIEBERMAN, Ph. (1973), "On the evolution of language: A unified view", *Cognition*, 2 ("Un enfoque unitario de la evolución humana", en V. Sánchez de Zábala (ed.), *Sobre el lenguaje de los antropoides*, Madrid, Siglo XXI, 1976, 147-203).
- LORENZO, G./LONGA, V.M. (2003), *Homo loquens. Biología y evolución del lenguaje*, Lugo, Ed. Tris Tram.
- MITHEN, S. (1996), *The prehistory of the mind. A search for the origin of art, religion and science*, London, Thames and Hudson Ltd. (*Arqueología de la mente. Orígenes de la religión, el arte y la ciencia*, Barcelona, Crítica, 1998).
- MOSTERIN, J. (2006), *La naturaleza humana*, Madrid, Espasa-Calpe.
- ORTEGA Y GASSET, J. (1935), *Historia como sistema*, Madrid (Espasa-Calpe, 1971).
- PINKER, S./BLOOM, P. (1990), "Natural language and natural selection", *Behavioral and Brain Science*, 13, 707-727.
- PINKER, S. (1994), *The language instinct. How the mind creates language*, New York, W. W. Norton (*El instinto del lenguaje. Cómo crea el lenguaje la mente*, Madrid, Alianza, 1995).
- PINKER, S. (2004), *La tabla rasa. La negación moderna de la naturaleza humana*, Madrid, Alianza.
- PREMACK, D. (1988), "Minds with and without language", en L. Weiskrantz (ed.), *Thought without language*, Clarendon, 46-65.
- RICHARDS, R. J. (1987), *Darwin and the emergence of evolutionary theories of mind and behavior*, Chicago, University of Chicago Press.
- TAYLOR, Ch. (2005), *La libertad de los modernos*, Buenos Aires/Madrid, Amorrortu Editores.

Carlos Beorlegui Rodríguez  
 Dpto. de Filosofía  
 Facultad de Filosofía y C.C. de la Educación  
 Universidad de Deusto (Bilbao).  
 cbeorle@fice.deusto.es